

arrogancia, se descarta el entusiasmo como tono básico de estos discursos, en la medida en que cualquier entusiasmo implicaría el abandono de uno mismo.

Lo sé. Mi juventud es fría  
a fuerza de conciencia,  
pero aquí estoy  
cansado de mirar el abandono  
de los entusiasmados.

No debe parecer extraño que estos versos sean, quizás, los de mayor carga «ideológica» en todo el libro.

The Ohio State University

JAIME GIORDANO

Aurora de Albornoz. *Cronilíricas: (collage)*. Madrid, Juan Pastor, 1991, 149 pp.

Fue la propia Aurora de Albornoz la que en su *Hacia la realidad creada* (1979) planteó una teoría del «collage» como un préstamo con «fines estéticos», a partir de los ejemplos juanramonianos del *Diario de un poeta recién casado*. En aras de aquella definición, este volumen de evocaciones, recuerdos y memorias es un palimpsesto que esconde intertextos de los personajes conocidos, paisajes recorridos o libros recordados por la autora a lo largo de sus lecturas, críticas y viajes. La escritura se presenta con una ordenación temporalmente ascendente durante la década de los ochenta hasta verse interrumpida por el súbito fallecimiento, pero el discurso es anacrónico, ya que mariposea por los recovecos del olvido entre un costado y otro de la intensa vida de Aurora.

La principal fuente intertextual es Juan Ramón Jiménez gracias al amplio abanico de citas que nacen de la bibliografía del «andaluz universal» tantas veces comentada o editada por la discípula. Por ello, se escucha *Españoles de tres mundos*, en especial, el apartado de los de otro mundo. Así las notas necrológicas de *Cronilíricas* recogen los tonos de las paradojas expresionistas de Jiménez como cuando se habla de hacerse a «la idea de la muerte de Blas, digo, a la vida total de Blas de Otero» (19). Otras veces es «Espacio» el que se refugia en los jardines de «St. John the Divine» de *Diario de un poeta recién casado* para seguir cantando a través

de la *Segunda antología* recuerdos de ' otros «nombre[s] conseguido[s] de los nombres» idos como el «'joven investigador'» Ignacio Prat. A través de la evocación de Jiménez en «Encuentros», se advierte en Aurora la rectitud de su autocrítica relación estética ética hacia el poeta que la incitó a escribir lírica, siempre fiel a la unidad frente a las modas que hablaban de que «Juan Ramón estaba superado» (48) mientras otros abusaban de Machado (133).

Continuidad e idealismo que se da también en su bi[bli]ografía políticamente utópica «con palabras, con música, con cine» (137), en particular hecha con los «cabos sueltos» de su contacto con «el viejo profesor», que hasta en el calor de la playa puertorriqueña del mes de julio reflexionaba causticamente sobre la posibilidad de «quitarse el chaleco» (98). Prenda simbólica de un mundo donde Aurora de Albornoz era todavía una primeriza excepción, porque el círculo político del PSI «era zona vedada a la mujer» (103).

Otros espacios dilectos en el recuerdo son el zamorano y el granadino: de Sanabria resurge la duda manuelina del Unamuno agónico tamizada por la mirada simbolista de las cosas que nacen en la poesía de Claudio Rodríguez mientras que desde su lejano exilio mexicano se escucha la melodía del último violín de León Felipe; y en Granada aparece Federico, no en los símbolos del camino del suplicio sino entre los objetos queridos de su casa.

Es éste por lo tanto un libro generoso en la amistad (José Olivio Jiménez, Vicente Aleixandre, Ricardo Gullón, los brigadistas de la Abraham Lincoln que dijo Reagan «se equivocaron de bando») (117), aunque a veces se le encuentren achaques de sentimentalismo partidista y de culto a la personalidad en sus retazos de Salvador Allende o Santiago Carrillo. También navegamos entre los restos de lecturas estéticas americanas, «palabras tejidas y superpuestas» de otros como Rubén Darío o Alejo Carpentier. Ecos que nos traducen también la presencia de aquella sigilosa, grácil y generosa Aurora, deslizándose entre el sueño y la vigilia, sellada su figura entre sus propios «collages», «quién sabe dónde, en qué mundo» como si hubiera intuido que con estos fragmentos la acompañaríamos en su viaje definitivo.